

Caja 368 n. 8409

Caja 172 n. 5564

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

EL DIA 18 DE NOVIEMBRE DE 1861,

con motivo de la apertura de las cátedras

DEL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

de esta corte.



MADRID:—1861.

Imprenta de Tejado,

á cargo de Rafael Luena.

Silva, 12, cuarto bajo.



DEPT. OF

AGRICULTURE

UNITED STATES GOVERNMENT

WASHINGTON, D. C.

1917

1917

1917

1917

1917

1917

1917

1917

1917

1917

Agui 368-n.8409

DISCURSO.

REZIG

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

EL DIA 18 DE NOVIEMBRE DE 1861,

con motivo de la apertura de las cátedras

DEL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

de esta corte.



MADRID:—1861,

Imprenta de Tejado,

á cargo de Rafael Ludeña,
Silva, 12, cuarto bajo.

REPORT

REPORT OF THE

COMMISSIONER OF THE GENERAL LAND OFFICE

FOR THE YEAR 1881

IN RESPONSE TO A RESOLUTION OF THE HOUSE OF COMMONS

PASSED IN 1879

BY THE COMMISSIONER

OF THE GENERAL LAND OFFICE

AND BY THE SECRETARY

TO THE COMMISSIONER

OF THE GENERAL LAND OFFICE

AND BY THE SECRETARY

TO THE COMMISSIONER

OF THE GENERAL LAND OFFICE

Señores:

Al abrirse de nuevo las cátedras de este Instituto, dedicado á la pública enseñanza, cumplo con un grato deber, al dirigiros la palabra desde el honroso puesto en que me ha colocado vuestra benevolencia.

He vacilado algun tanto acerca del asunto que debia elegir por tema de mi discurso, ya por haber tratado algunos de los más importantes en ocasiones parecidas, y ya por deber acomodarse á la índole de esta corporacion, que ostenta en la cúpula del edificio la bandera del humano saber, sin que la más leve sombra del espíritu de partido oscurezca su brillo.

El argumento de mi breve peroracion va á ser el *espíritu de sistema*; y puede por lo tanto aplicarse lo

mismo á las ciencias más graves que á la amena literatura, y no ménos á ésta que á las bellas artes.

No es necesario advertir que la primera condicion para establecer un sistema, es reunir gran copia de datos, unidos con un lazo comun, como pudiera un haz de espigas cortadas en sazon oportuna. Mas si, por el contrario, sólo se ven los objetos revueltos y confusos, por más variados y brillantes que sean, servirán únicamente como el calidóscopo, para mero entretenimiento.

La formacion de un sistema establece cierto orden y disciplina en las ideas; condicion necesaria para que no se asemejen á una turba confusa y desordenada, que suele ser más perjudicial cuanto más numerosa.

El entendimiento del hombre es de suyo limitado, y conviene colocar las ideas (si es lícito valerse de esta comparacion) como las letras en una imprenta, distribuyéndolas en sus casillas correspondientes, para servirse de ellas en tiempo oportuno.

Hasta que hizo una cosa parecida, no pudo adelantar la *química*, y se mantuvo en un estado semejante al que tenia la alquimia. Únicamente, merced á un método acertado y á una nomenclatura acomodada á la clasificacion de las ideas, ha podido en pocos años elevarse á tamaña altura y producir los maravillosos efectos que son la gloria de este siglo.

Lo mismo puede decirse de la *botánica*, que tantos progresos ha hecho, merced al sistema de Linneo. Mas si es indispensable establecer un sistema, que sirva como de norma y guia para los progresos de las ciencias, conviene no ir á dar en el extremo opuesto: la falta absoluta de sistema puede compararse á la *anar-*

quía; el exceso se asemeja al *despotismo*; extremos ambos viciosos y perjudiciales.

Lo que más suele dañar en tan grave materia es el imaginar que se tiene la copia de datos necesarios con un corto número de observaciones: suele acontecer á los que cultivan las ciencias lo mismo que á los que trepan por los Alpes: les parece que la montaña que divisan es ya la postrera; y en llegando á ella, divisan otras y otras, á cual más elevadas.

Es indispensable el curso de los siglos para llegar tal vez al término anhelado.

Traido de las regiones de Oriente, vemos florecer en el Egipto y atesorarse el humano saber en manos de los sacerdotes. El sistema de Tolomeo reina por largo tiempo sin rivales: sucédele despues el sistema bastardo de Ticho-Brahe; mas hasta el de Copérnico no se fijó el verdadero sistema astronómico, y le doy aquel título porque con él se explican todos los fenómenos celestes.

Lo mismo puede afirmarse del sistema de Newton, porque comprende en sus reglas sobre la *atraccion* y la *gravedad* la explicacion de infinitos fenómenos, desde la caida de una fruta desprendida de un árbol, hasta la rotacion de los astros en el espacio inmenso de los cielos.

Lo que acabamos de indicar respecto de la astronomía, puede aplicarse, más ó ménos, á todos los ramos del humano saber; siendo achaque comun en los que los cultivan estimar su mezquino caudal como un tesoro de incalculable precio.

Otro escollo, que conviene igualmente evitar, es el de aferrarse en un sistema, encerrándose en él como



en una inexpugnable fortaleza. Pocos achaques han contribuido tanto como este á detener al entendimiento humano, sin que camine con libre y seguro paso.

Respecto de materias filosóficas, vemos llegar por el método de Descartes hasta la teoría de las *ideas innatas*.

Huyendo de este escollo, desentierra Condillac la célebre máxima de Aristóteles: *nada hay en el entendimiento que ántes no haya pasado por el órgano de los sentidos*; mas el mismo que habia censurado, con harto fundamento, el *espíritu de sistema*, ¿no adoleció tal vez del mismo achaque en su tratado *de las sensaciones*?

Aun mayor es el peligro, y más graves sus consecuencias, cuando no se limita el daño á materias especulativas, sino á las que tienen íntima relacion con la moral, que debè servir de norma á las acciones de los hombres.

Trasplantadas las ciencias del Egipto á la Grecia, donde lo apacible del clima, el despejado cielo y el claro ingenio de sus naturales, todo convidaba á hacerlas florecer, llegaron, no ménos que las bellas letras y las artes, á tan alto grado de perfeccion, que no ha sido despues igualado, y aun está sirviendo de modelo.

El carácter de sus hijos, la forma de gobierno de aquellas repúblicas, y otras varias causas, contribuyeron de consuno á que se cultivasen á competencia los diversos ramos de la filosofia; siendo innumerables las escuelas que allí se formaron, haciéndose despues cruda guerra, y terminando los *filósofos* por ser unos meros *sofistas*.

Entre las escuelas que allí florecieron, ninguna tal vez más famosa que la de Zenon, ya por la pureza de

las doctrinas, ya por los varones insignes que la profesaban, ya por el resplandor de gloria que aún circunda la frente de algunos de los más famosos.

Sócrates, bebiendo la cicuta, rodeado de discípulos y discurriendo sosegadamente acerca de la inmortalidad del alma; Caton, contrapesando con su voto el injusto fallo de los dioses: *Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni...* y prefiriendo la muerte á ser testigo de la servidumbre de la patria; y andando los tiempos, al llegar á su colmo la tiranía, abriendo Séneca sus venas, como para expiar haber sido maestro del mayor de los mónstruos, ¿cómo era posible que no atrajera admiracion y respeto hácia una escuela en que tales varones se contaban?

Entre todos ellos, el que alcanzó más renombre fué Platon, á quien no es extraño que los antiguos aplicaran el nombre de *divino*; pues ningun filósofo profesó doctrinas más sublimes ni que más se acercasen á las que vino á difundir por el mundo la Religion revelada.

¡Mas qué inmensa distancia entre una y otras! El más sábio en el mundo pagano estuvo léjos de comprender el código de la moral en una sola máxima: «ama á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á tí mismo.»

Si no nos alejara demasiado de nuestro propósito, fácil sería demostrar el influjo de la Religion cristiana en la civilizacion de las naciones, en su cultura, en su felicidad; pero ya que no sea posible, bastará echar una ojeada sobre la Europa y América, y fijarla despues, aun cuando sea con espanto, sobre las vastas regiones del Asia.

Lo que se ha dicho respecto de la *moral*, puede

aplicarse, más ó ménos, á la *política*; pues que en ella es sumamente dañoso el *espíritu de sistema*, que puede agravar hasta lo sumo las dolencias del cuerpo social.

Lástima da ver á una República pedir un plan de gobierno á Juan Jacobo Rousseau, quien, á pesar de su claro talento, era el ménos á propósito para tal encargo; pues vivió y murió sin conocer la tierra misma que pisaba. ¿Ni qué podría prometerse para tal empresa el que consideraba la *propiedad* (base y cimiento de la sociedad humana), como fuente y manantial de todo linaje de calamidades?

En breve se vió una prueba, escrita con caracteres de sangre, que patentizó el influjo de tales doctrinas en la suerte de las naciones.

El partido de los jacobinos puede considerarse como aspirando á poner en práctica las teorías de aquel; condenacion de la propiedad, aspiracion á una igualdad completa, odio á todas las superioridades sociales, no eran sino consecuencias naturales de las doctrinas de Rousseau. El tétrico Saint-Just, de alma impasible y fria como el hierro de la guillotina, no era más que un sectario de buena fe, que ni aun remordimientos experimentaba; y lo propio puede decirse del mismo Robespierre, que, siguiendo como pauta las doctrinas del filósofo ginebrino, daba de ello un público testimonio celebrando *la fiesta del Sér Supremo*, pocos dias ántes de su muerte.

Tan funesto resplandor arroja aquella época, que no es fácil distinguir otras más recientes; pero hemos visto reproducirse en Francia las doctrinas más absurdas, y llevar tras sí numerosas turbas; si ya el escarmiento de la primera revolucion estaba tan vivo en la

memoria de las gentes, que hizo á la nacion volver en sí y evitar el abismo en que iba á precipitarse.

Ya que no en tan alto grado ni de modo tan palpable, no ha mucho tiempo que ha podido observarse en Alemania á dónde conduce el *espíritu de sistema*, cuando no se ensayan las teorías en la piedra de toque de la experiencia. Fortuna fué, y no pequeña, que se echara de ver en breve á dónde conducen los vanos sistemas cuando se quieren reducir á práctica, y los adelantos que, á la sombra tutelar de sus Gobiernos, van haciendo aquellas naciones, infunden la halagüeña esperanza de que todas ellas caminan al laudable fin de fundar *instituciones*, más ó ménos acomodadas al *espíritu del siglo*.

Luz de la *moral* y antorcha de la *política* puede apellidarse á la *historia*, y en ella no ha sido ménos pernicioso el *espíritu de sistema*. Tomó este gran incremento en los tiempos modernos: cuando no se aspiraba tanto á desentrañar con prolijo trabajo la verdad de los hechos, como á acomodarlos cada cual al fin que de antemano habia preconcebido; de donde resultó que, léjos de verlos como eran en sí, cada cual percibió los objetos cual si los observara con un vidrio de aumento y de subido color.

De este achaque adolecieron varios escritores de gran mérito, pero que parecían como poseidos de cierto espíritu antireligioso. Tal fué Hume, en Inglaterra, desde los tiempos de Carlos II, y posteriormente Gibbon, así como Voltaire en Francia; mas ni la artillería pesada del uno, ni las agudas flechas del otro, han podido derribar la firmísima torre en cuya contra se asestaban.

En época más reciente apareció otra escuela, á la que algunos han solido dar el nombre de *fatalista*.

Partiendo del principio cierto de que es íntima la conexión que media entre muchos acontecimientos humanos, la han exagerado; cual si los hechos estuvieran forzosamente eslabonados como con una cadena de hierro. Fácil es comprender hasta qué punto este sistema conduciría á menoscabar el libre albedrío del hombre; disminuyendo el peso de la moralidad, y haciendo poco ménos que disculpables los hechos más criminales que registra la historia.

Por fortuna este sistema no ha llegado á prevalecer, rebelándose contra él la conciencia pública; y tal vez ha contribuido por su parte á que se enderece el estudio de la historia por más segura senda.

Á la superficial apariencia de los hechos se ha preferido el laborioso exámen de documentos auténticos, que son como una mina inagotable. Así lo ha hecho en Francia Thierry, que parece haber heredado la paciencia de los antiguos Benedictos, Thiers, Mignet, Villain, Mr. de Barante y otros varones distinguidos en la carrera política, que se han dedicado á cultivar la historia; y no poco han contribuido al adelanto de este ramo del saber los laudables esfuerzos de Mr. Guizot, ya como insigne profesor en la cátedra, ya con su propio ejemplo. No me detengo en el elogio de cada uno de ellos, porque todos me honran con su amistad.

No ha sido únicamente en Francia donde se ha adelantado en esta vía: la Alemania cuenta varios historiadores de gran mérito. Inglaterra ha perdido recientemente á Mr. Hallan; y sin contar á otros de ménos fama, basta al crédito de Italia el nombre de César

Cantú, que ha podido echar sobre sus robustos hombros un peso de tanta balumba.

Por lo que respecta á España, se advierte, de algunos años á esta parte, una tendencia visible á mejorar los trabajos históricos; á lo cual contribuye no poco el ilustrado Cuerpo que tiene á su cargo por su instituto este importante ramo.

No satisfacen ya á la actual generacion la sequedad de las antiguas *crónicas*, ni la mera relacion de combates y de batallas, por brillante que sea el estilo y castizo el lenguaje; se aspira, y con harto fundamento, á penetrar en el interior de la sociedad española; examinando sus instituciones, sus costumbres, sus vicisitudes políticas, en suma, todo lo que constituye la vida íntima de una nacion. Á España, representada bajo la figura de un guerrero, armado de punta en blanco, se sustituye otra noble figura; llevando en su mano desde las actas de los Concilios de Toledo hasta el último cuaderno de las modernas Córtes.

Pasando de este campo, que puede considerarse como fructífero, á otro más ameno y florido, hemos presenciado el pernicioso influjo del *espíritu de sistema en las letras humanas*.

Viva está en la memoria de las gentes, si bien apénas se percibe el eco, la ruidosa lucha que trabaron los *clásicos* y los *románticos*, tan encarnizada, ya que no tan larga y tan sangrienta, como la de los Güelfos y Gibelinos.

Si en el siglo de Luis XIV. y en época posterior se consideró como código del buen gusto el *arte poética* de Boileau, reputándose casi como una herejía literaria examinar siquiera sus preceptos, en la presente

edad hemos visto sublevarse de repente contra aquella especie de tiranía, y como acontece en tales casos, no juzgarse libres sino sacudiendo todo freno.

Lo más rudo del combate se trabó en el teatro, que era el campo más á propósito, y que ofrecia la ventaja de entregar desde luego la palma al vencedor, como pudiera el pueblo griego en los juegos olímpicos.

En breve se pasó, como suele en tales casos, de un extremo á otro; y si Boileau habia pretendido encerrar las obras dramáticas en una especie de jaula de hierro, con peligro de que no pudieran moverse ni respirar apénas, á las tres rigurosas *unidades* se sustituyó un sistema tan lato, que no consentia la conveniente trabazon de las diversas partes, y recorriendo todas las zonas de la tierra, podia comprender la vida de un hombre. No parece sino que la suerte quiso, por una especie de justo castigo, que prevaleciese este extravío en la patria de Boileau, que tan despiadadamente habia zaherido al teatro español por un defecto de esta especie; al paso que olvidó lo mucho que debia al teatro español el frances, desde los tiempos de Corneille y de Molière, que más justos que aquel preceptista, ingénuamente lo confesaron.

No era fácil que la licencia dramática, llevada á un extremo por algunos románticos franceses, llegara á prevalecer en España; oponiéndose á ello, entre otras varias causas, la sensatez proverbial de la nacion.

Mas recorriendo la historia de nuestra escena en los tiempos modernos, fácil es percibir el rumbo que ha tomado, desde que salió, al promediar el último siglo, de la mayor penuria y abatimiento.

Moratin enseña á la comedia á andar con el humil-

de zueco, presentando cuadros de costumbres, tal vez demasiado sencillos, pero muy fieles y acabados; y Cienfuegos, siguiendo opuesta via, hace laudables esfuerzos para aclimatar en España la tragedia; pero se advierte que le embaraza la estrechez del coturno griego.

Más libre y desembarazado se había mostrado en la *Raquel* García de la Huerta, quien hacia gala de no someterse servilmente á los preceptos clásicos; y en época más reciente, mi inolvidable amigo D. Manuel Quintana ha demostrado en el *Pelayo* el modo de hermanar las bellezas poéticas con los sentimientos más nobles de amor á la patria.

Justos miramientos, más fáciles de comprender que de explicarse, me impiden adelantar ni un solo paso; pero, si me fuera lícito, no vacilaria en decir que tal vez ninguna nacion de Europa cuenta al presente tantos dramáticos de valía como España, y que esta época sólo cede la palma á la que se hizo tan famosa en el mundo, reinando los últimos Felipes de la Casa de Austria.

De la breve reseña que acabamos de bosquejar aparecen con toda claridad los perjuicios que acarrea el espíritu de sistema, llevado al extremo.

Apénas habrá alguno de ellos que no contenga algun principio cierto cuyo conocimiento sea provechoso; pero conviene, como se hace con los metales, purificarlos en un crisol y separar las materias extrañas.

A vosotros incumbe tan útil tarea, celosos Profesores, que impulsados por el amor al saber, teneis una verdadera satisfaccion en difundir los conocimientos á

la juventud estudiosa, que acude solícita á escuchar la verdad de vuestros labios.

Inculcad en su ánimo el riesgo que hay en dejarse llevar del *espíritu de sistema*, á que puede conducirla su fogosa imaginacion y su inexperiencia. Fácil os será demostrarles la verdad contenida en esta fórmula: *la falta de sistema impide que nazca la planta; el exceso la ahoga.*

